

INDICE TEMÁTICO TOMO II

Prólogo	5
Capítulo 1 Siglo V: La Triunfante y dividida Iglesia de Roma	7
-Agustín de Hipona: Testigo de la decadencia de un imperio	9
-Pelagio, predicador del libre albedrío	21
-Nestorio, el Cisma contra el marianismo naciente	25
-El monofisismo y los eutiquianos, más vueltas a la terminología trinitaria	33
-El origenismo: La reencarnación se infiltra en el cristianismo	37
Capítulo 2 Cristianismos en la Alta Edad Media	43
-Siglo VI: Inicio del juego político de la cristiandad	47
-Iconoclastas e iconólatras: La larga controversia sobre el culto a imágenes	50
Capítulo 3 El colapso de las minorías	60
-El ocaso del arrianismo	60
-El oscurantismo oculta a montanistas, donatistas, y novacianos	63
Capítulo 4 El empuje del Islam	66
- Orígenes judeo-cristiano-gnóstico-maniqueo del Islam	66
-El Corán y las escrituras judeo-cristianas	76
-La influencia del islam en cristianismo medieval	82
- El adopcionismo español: La España mozárabe contra la trinidad	85
Capítulo 5 Nuevos cristianismos surgen entre las tinieblas	91
-Paulicianos: Herederos de la sencillez cristiana	91
-Bogomilos: Vestigios lejanos del dualismo de Marción	98
Capítulo 6 El Cisma de Oriente, nacimiento de la Iglesia Ortodoxa	104

Capítulo 7 Siglos XI al XIV: La Baja edad Media	116
-Los monasterios: Del Ascetismo contemplativo a la búsqueda de la verdad	119
Galería de Imágenes	126
Capítulo 8 Maestros y monjes incomprensidos	129
-Pedro Abelardo, el rebelde que creó escuela	129
-Arnaldo de Brescia: La búsqueda de la pobreza original	133
-Pedro de Bruyns: Origen de los Petrobruscianos	140
-Enrique de Lausana: En busca de la verdad	146
-Joaquín de Fiore: El monje profeta del milenarismo	150
Capítulo 9 Cristianismos alternativos en el siglo XII	160
-Valdenses: Los pobres de Lyon	160
-Cátaros, la fe maldita	174
-Creencias y ritos cátaros	181
Capítulo 10 Abusos y violencia en la Iglesia medieval	189
-La inquisición, el más duro azote contra el trigo	189
-Crueldad y sadismo en el nombre de Cristo	193
-La inquisición española	197
-Las Indulgencias: Comerciando con el perdón	200
Capítulo 11 Órdenes al límite de la herejía	207
-Los Humillati: De humildes humillados a grandes empresarios	207
-Fraticelli o Hermanos espirituales: Los verdaderos franciscanos	209
-Las Beguinas: La rebelión religiosa de las mujeres	213
-Hermanos del libre espíritu: Libertinaje solapado	220
-Los Templarios: Monjes soldados frente a la inquisición	222

Capítulo 12 Maestros aristotélicos con rumbos dispares	229
-Tomás de Aquino: Reinventado la Iglesia Católica	229
-¿El mayor maestro cristiano que ha existido o el más cobarde?	234
-Roger Bacón: Primer intento de compaginar Biblia y ciencia	236
Capítulo 13 Últimos abusos de la opulenta iglesia medieval	239
-Juan XXII: El papa hereje	240
-El cisma de Occidente: La pugna de los tres papas	244
Epílogo	257
Índice temático	259
Bibliografía	262

CAPITULO 1

SIGLO V: LA TRIUNFANTE Y DIVIDIDA IGLESIA DE ROMA

El siglo V, significó la ratificación de la iglesia de Roma como la iglesia católica, y del título de papa a su obispo, aunque todavía sin llegar aún al absolutismo que ostentarían siglos después. El derrumbe del imperio y el hecho de que la iglesia se mantuviese intacta a pesar de ello, propicio que los siguientes papas quisiesen heredar la gloria de Roma, a nivel político y religioso. Desde luego, cierta notoriedad por parte de los obispos romanos se consiguió en este siglo, sobre todo desde el tiempo de Dámaso, quién incluso instituyó una Biblia oficial, que sería la utilizada a partir de entonces por toda la comunidad católica, la Vulgata de Jerónimo, concluida en el año 400. Pero continuaron todavía las luchas internas en esta ya muy contaminada cristiandad, luchas sobre todo por terminología, y la nueva posición que algunos personajes bíblicos y no bíblicos iban recibiendo. Así por ejemplo, se empezaba a hablar de María como madre de Dios, en oriente se habla de imágenes o templos dedicados a mártires cristianos, ¡Si Epifanio levantase la cabeza!, cuando tan solo décadas atrás atacaba la idolatría como lo hicieron los cristianos desde los comienzos (1 Juan 5:21).

También este siglo mostrará las luchas internas en una iglesia nicénica trinitaria muy dividida, sobre todo en su parte oriental. Camino distinto tomaba la iglesia arriana, que de alguna manera en enseñanza se mantenía cohesionada, aunque no en lo político, pues el territorio que dominaban estaba dividido en naciones enfrentadas. Así los godos, visigodos, vándalos y suevos, siendo tribus enemigas y en constante guerra, tenían en común que eran mayoritariamente arrianos, pese a todo, la iglesia arriana gozaba de una unidad doctrinal absoluta, pues para ellos la distinción entre Dios y Cristo,

no conllevaba ninguna confusión filosófica o dialéctica interpretativa, era simple, sencilla y clara. Desde tiempos de Ulfilas, el principal impulsor del arrianismo en las nortenas tierras de los godos, este movimiento que mantenía los postulados de Arrio, había arraigado y se había convertido en la religión oficial o mayoritaria, en los diferentes estados, así como en una manera de cultura propia.

No obstante, el principal error de los arrianos fue confabularse con el poder, con los gobernantes para poder diseminar su enseñanza, o más bien imponerla, fue por ello que cuando las tribus godas germánicas llegaron del norte, al sur de Europa, sobre todo a España, impusieron las doctrinas arrianas. Pero estos carecían de una base religiosa firme y apenas ganaron súbditos por predicación, lo hicieron más bien por imposición. Lejos quedaba el espíritu misionero de Ulfilas. Esto supuso que en pocos siglos desaparecieran, fruto de las intrigas de los gobernantes y de los intereses políticos más que por el convencimiento del pueblo. Otros movimientos que tuvieron éxito en occidente, manteniendo la cohesión doctrinal, fueron los novacianos y los priscilianos, estos últimos muy minoritariamente, debido a las duras persecuciones que no cesaron con la instauración del cristianismo como religión del estado. El caso de los montanistas con más calado en el norte de África, sufrieron también la dureza de las persecuciones cada vez más directas de la iglesia mayoritaria, pero de alguna manera cayeron víctimas de sus propias expectativas, muchos viendo que el ansiado milenio prometido no llegaba, se desanimaron, otros fueron atraídos al novacianismo y en Hispania se acercaron al priscilianismo, surgieron algunas disidencias, pero todos estos se mantuvieron aún en el silencio de la historia. Los siguientes siglos significaron para todos estos grupos el hostigamiento violento por la prepotencia de la iglesia romana o por la llegada de otros movimientos religiosos muy poderosos, que casi borraron su huella, aunque a pesar de ello, siempre se mantuvo un hilo sucesor.

En definitiva, como hemos querido mostrar en los anteriores capítulos de esta obra, el cristianismo ha ido en necesaria evolución en sus inicios y en forzada corrupción y división en las siguientes etapas. Durante los primeros dos siglos de cristianismo, se podía decir que si bien se observó la aparición de un sin fin de influencias independientes, estas respondían ideológicamente a un solo pensamiento. No obstante esto tuvo un vuelco a principios del siglo III, para convertirse en un conglomerado de corrientes ideológicas en constante ebullición, hasta explotar y convertirse en un cristianismo dividido en sectas enfrentadas y en pugna por la verdad. Casi todas en busca del origen perdido, y con un grupo al que se adjudica el troncal de las ideas, presumiendo de ortodoxia, pero en realidad siendo la tendencia más alejada del cristianismo primitivo. Esa desgraciadamente fue la iglesia triunfante, gracias a la predilección de un emperador romano. Aunque presumimos que si hubiese sido otra la escogida por ese camino, también hubiese seguido el mismo rumbo. En medio de todo aquello, el original trigo sembrado por Jesús, ya convertido en espiga por sus apóstoles, se encontraba ahogado en la maraña de creencias, influencias, tendencias y doctrinas, y para este tiempo iba desapareciendo de la vista, que no de la existencia.

Agustín de Hipona: Testigo de la decadencia del imperio

El cristianismo prominente, tanto por parte de atanasianos, como por arrianos había prácticamente dejado de ser neutral, por lo que no ya no tenían los cristianos objeción a tomar las armas si el estado lo solicitaba, fue una de las primeras concesiones que la llamada religión estatal había dado al imperio. Habían surgido miembros, que con la actitud de Eusebio de Cesárea, veían al emperador romano como nombrado por Dios para los intereses de la iglesia y al imperio como medio para su propagación y dominación. Lejos quedaban los tiempos de Tertuliano cuando los cristianos

todavía presumían de no tomar las armas o de abandonarlas si siendo soldado abrazaba la fe cristiana. Esta neutralidad en asuntos políticos y militares, solamente era observable entre los restos de aquellos grupos que habían sido discriminados, entre ellos los montanistas, novacianos, y en menor medida los priscilianos y donatistas. Por otro lado, los líderes religiosos de Roma, desde Dámaso habían tomado posiciones de superioridad sobre los demás nunca vistas anteriormente. Entre estos líderes que buscaban notoriedad y pomposidad, estuvo Siricio, quien para el año 390 adoptó el título PAPA, para auto designarse. La palabra «*papa*» sin embargo es de origen griego, no latino y fue en Alejandría, no en Roma, en donde primeramente se llamó «*pope*» a los obispos, pero a Siricio se debe el uso del nombre *Papa* en latín para auto designarse como obispo de los obispos, según afirman algunos, el termino eran las siglas de: "*Petri-Apostoli-Potestatem-Accipens*". En cualquier caso, todavía faltaban algunos años para que este título dignificara al llamado vicario de la iglesia. El mismo Siricio también animó a los clérigos al celibato como buena costumbre entre los obispos, presbíteros y diáconos. Ya algunos años atrás se había establecido que los clérigos que quisieran llevar una vida monacal fuesen obligatoriamente célibes, por razones prácticas y económicas claro, sin embargo no fue hasta el siglo X que fue impuesto como regla para todos los sacerdotes. Pero fue curioso como lo que se condenó durante años, la vida aislada, el ascetismo de algunos movimientos gnósticos, o la vida célibe de grupos como los marcionistas, ahora estos preceptos eran aceptados incluso utilizados como una buena práctica para los cristianos mas entregados.

Otra concepción que se empezó a enfatizar sobre todo en la iglesia salida de Nicea fue la de dar énfasis a María, ahora ya no como "madre de Cristo" o "madre del Señor", sino llegando al extremo de darle el título de "Madre de Dios", a finales del siglo IV aparecen liturgias y oraciones relacionadas con su veneración, aunque todavía lejos de la cuasi-adoración que se estableció en tiempos posteriores.

En el año 381, en el concilio de Constantinopla, se estableció definitivamente en la mayoría de las iglesias como aceptado y ortodoxo la dualidad nicénica de Atanasio, añadiendo además al Espíritu Santo como tercera persona de la Trinidad. Así fue como el arrianismo pasó de ser la alternativa a ser considerado como herejía; lo cual no significó la desaparición de este, pues en Hispania, en la zona de influencia de los germanos y otros pueblos godos y visigodos, el arrianismo era la fuerza mayoritaria, por no decir la única y la ortodoxa, considerando como herejes los nicénicos. Llegó a ser tal la situación que en la Hispania dominada por las hordas godas, el arrianismo se impuso, incluso se dice que poco antes de su muerte, hasta el viejo Osio de Córdoba, abrazó las ideas antitrinitarias arrianas, aunque como ya apuntamos antes, quizás por presiones externas, o sencillamente por senilidad. En cualquier caso en la parte más occidental del imperio la división religiosa de la cristiandad continuó. Fue esa división religiosa la que dio origen a la situación que llevaría a otra de las rupturas más grandes con los principios doctrinales y de perspectivas del cristianismo. En el año 408, tras una decadencia y debilidad acentuada, Roma pierde definitivamente los dominios de Hispania, que pasa a manos de las hordas visigodas, vándalos y suevos. Años atrás los visigodos, como se les llamaba a los godos asentados en la zona germana y del oeste europeo, habían aceptado el arrianismo como religión oficial, gracias sobre todo al liderazgo religioso de Ulfilas, quien como ya vimos, dio incluso una traducción de la Biblia al idioma godo y enseñó a su pueblo la forma tradicional con la que habían conocido al cristianismo, por supuesto en oposición al cristianismo nicénico. Bajo esas circunstancias en el año 386 aparece dentro del cristianismo romano, la figura de Agustín de Hipona, quien aunque nació en el seno de una familia supuestamente cristiana de la rama arriana, llegó a ser el mayor representante de la ideología nicénica. No sabemos cómo, pero tal vez por instancias de un padre poco religioso, o por sus propias dudas e inquietudes, siendo joven rechazó el bautismo y abandonó el cristianismo. Posteriormente, fue enviado a estudiar a Cartago, donde después de pasar por diferentes

escuelas de retórica y neoplatonismo, tuvo un acercamiento al maniqueísmo, a través del cual es posible que tuviera una visión racionalista de las cosas. Este movimiento religioso, había evolucionado hasta el grado de estar muy lejos del cristianismo, de hecho las acusaciones que estos tenían sobre las escrituras a las que acusaban de haber sido manipuladas, le hacía desconfiar y no acercarse a ellas. Después de nueve años entre los maniqueos donde demostró grandes progresos, poco a poco lo abandonó. Fue su contacto con un prominente obispo maniqueo llamado Fausto quien lo dejó decepcionado, pues le pareció poco racional en sus explicaciones, al no obtener de él las respuestas que buscaba sobre sus dudas; lo defraudó a tal grado que en poco tiempo pasó a abandonar la fe maniquea y convertirse en un escéptico en materia religiosa. En realidad el buscaba la razón de todas las cosas y la explicación a todo, pero lejos de conformarse en la simplicidad, quería una especie de teoría del todo. Desde el origen de la vida hasta el propósito de esta y su destino. Es muy posible que sus inquietudes tuvieran mucho que ver con las que tuvo en su día Marción sobre todo por querer entender el origen del mal.

Poco después del año 383 Agustín mantiene contactos con un cristiano llamado Ambrosio y más tarde con Simpliciano, por medio de estos tuvo un acercamiento al cristianismo nicénico en Roma, quizás lo convenciera el entender que no había contradicción entre el antiguo y el nuevo testamento sino más bien se complementaban. Es posible que también tuviera cierto contacto con los escritos de Orígenes, sobre todo los relacionados con su explicación alegórica de los relatos del AT y estas explicaciones espirituales le influyeran para su posterior elaboración de su enseñanza también llena de alegorías y que significó el final absoluto a la simplicidad de las creencias cristianas. En pocos años, ya a finales del siglo era nombrado obispo, esto fue en el 397, aunque con más deseos monásticos que de dirección, desde ese puesto empezó a escribir y razonar sobre la gran cuestión que tantos años le había traído de cabeza, el origen del mal.

La invasión y saqueo de Roma por parte de los bárbaros visigodos dirigidos por Alarico. Aquel episodio fue un duro golpe para el imperio; pero no solo para este, que ya años atrás había desplazado la ciudad imperial o sede del emperador a Ravena, sino también para la triunfante cristiandad que hasta ese entonces veía a Roma como la ciudad eterna y se llegaba a pensar que era la ciudad de Dios, protegida por él, la sede apostólica, casi una ciudad santa. Aquello por lo tanto resultó un severo revés que hizo que muchos dudaran y se sintieran culpables del abandono de este por causa de la relajación de la iglesia. Poco tiempo después grupos afines al paganismo culparon al cristianismo de la degradación de Roma o de su debilidad y por tanto de su caída. Algunos milenaristas, entre ellos montanistas, donatistas y otros quizás vieron en esta nueva situación los inicios del fin del sistema o del mundo y por lo tanto la cercanía del Reino milenarista de Cristo. Sin embargo para el racionalista Agustín fue la oportunidad de dar a conocer sus ideas y su teoría del todo, que más tarde llegaría a ser la base de la teología de la cristiandad hasta nuestros días. Poco después de aquellos acontecimientos inició su gran obra "*La ciudad de Dios*", que no es otra cosa que un compendio del propósito de Dios desde sus inicios hasta el fin de los tiempos. De alguna manera habló de una especie de dualismo tal como hiciera Marción, pero no en todo su contexto, ni aplicando a Dios tal dualismo, pues para Agustín era uno aunque trino. Más bien él da a conocer como desde el principio hubo la ciudad de Dios que no era otra que el conjunto de hombres y mujeres fieles en contraposición con la del diablo, el mundo en general en confrontación con los ciudadanos de la "*Ciudad de Dios*", que en un tiempo fueron los patriarcas, luego el pueblo escogido, Israel, y ahora eran los cristianos. Como ya se explicó en el capítulo relacionado con Ulfilas, Agustín entendió que el hecho de que Alarico y los suyos respetaran las iglesias, significaba que esta estaba protegida por Dios, aunque como ya vimos antes realmente aquello se lo debía a la pacifista predicación de Ulfilas, que aunque no evitó las guerras de sus gobernantes, pero por lo menos infundió

el respeto de estos por lo religioso, sobre todo si se relacionaba con el cristianismo.

Con relación a la trinidad fue defensor del nicenismo que salió triunfante en el concilio de Constantinopla en el año 381. Sin embargo, en otros asuntos, también motivo de controversia, aunque menos apasionantes, pero no por ello menos importantes, Agustín no quiso tomar partido claro. Tal es el caso del entendimiento del “Alma” y las diferentes teorías que había al respecto de esta en su tiempo. Por ejemplo, se hablaba por entonces del llamado traducianismo de las almas, es decir que estas pasan de padres a hijos. Agustín rechaza un traducianismo material, como el explicado por Tertuliano y plantea cuestiones que a su modo de ver dificulta su aceptación lógica *¿Cómo es posible un traducianismo físico? ¿Cómo puede darse si el alma es realmente espiritual?* Pero, a la vez, también hace notar las dudas que presenta el llamado creacionismo, que al parecer muchos otros defienden, así surgen las siguientes cuestiones: *¿Cómo se compagina la creación por Dios de cada alma con la transmisión del pecado original? Si el alma viene directamente de Dios, ¿cómo explicar el pecado original, sin hacer responsable a Dios?* Sin embargo no rechaza ni una ni otra hipótesis, ni toma partido por una explicación u otra. Por otro lado, se sabe que a partir de Agustín se fueron introduciendo costumbres en la cristiandad, como las relacionadas con el rito del bautismo, la costumbre de que el sacerdote que ofrece dicho bautismo respire sobre el rostro con el fin de exorcizar el espíritu maligno. Agustín hace uso de esta práctica de exorcizar para demostrar la existencia del pecado original. Entonces la frente y el pecho del bautizado son signados con la cruz, el símbolo de redención. En otros temas como la esperanza del milenarismo, que años atrás había sido motivo de especulación, el tomó postura y de manera contundente en el asunto de la siguiente manera, uno de sus comentarios al respecto fue: *Para maniatar y amarrar a este fuerte, vio el Apóstol en el Apocalipsis a un ángel que bajaba del Cielo, que tenía la llave del abismo y una grande cadena en su mano, y prendió, dice, al dragón, aquella*

serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, y le ató por mil años, esto es, reprimió y refrenó poder que usurpaba a éste para engañar y poseer a los que había de poner Cristo en libertad. Los mil años, por lo que yo alcanzo pueden entenderse de dos maneras: porque este negocio se va haciendo los últimos mil años, esto es, en sexto millar de años, como en el sexto día, cuyos últimos espacios van corriendo ahora, después del cual se ha de seguir consiguientemente el sábado que carece de ocaso o postura del si es a saber, la quietud y descanso de los santos, que no tiene fin; de manera que a la final y última parte de ese millar, como a una última parte del día, la cual durará hasta el fin del siglo, la llama mil años por aquel modo particular de hablar, cuando por todo se nos significa la parte, o puso mil años por todos los años de ese siglo, para notar con número perfecto la misma plenitud de tiempo. "pues número millar hace un cuadrado sólido del número denario, porque multiplicado diez veces diez hace ciento, la cual no es aún figura cuadrada, sino llana o plana, y para que tome fondo y elevación y se haga sólida, vuélvanse a multiplicar diez veces ciento y hacen mil Y si el número centenario se pone alguna vez por la universalidad o por el todo, como cuando el Señor prometió al que dejase toda su hacienda y le siguiese, «que recibirá en este siglo el ciento por uno; lo cual, explicándolo el Apóstol en cierto modo, dice: «Como quien nada tiene y lo posee todo; porque estaba antes ya dicho, «el hombre fiel es señor de todo el mundo, y de las riquezas: ¿cuánto más se pondrán mil por la universalidad donde se halla el sólido de la misma cuadratura del denario?»(La ciudad de Dios VII , 4,5)

Así parece explicar Agustín que el periodo de tiempo llamado milenio ha de verse como un periodo largo, pero no limitado a una cantidad de años, sino a todo el tiempo en el que la iglesia tendría vía libre para esparcirse sin la oposición del demonio. Aunque bien leído, también parece entender que a partir de ese momento en el que se encontraba la iglesia, libre de persecuciones, era el inicio de esos mil años de paz. Para explicar el hecho de que el diablo fuese

abismado y aplicando al periodo de la aparición de la iglesia llegó, haciendo uso de la retórica a la siguiente interpretación simbólica: *Así también se entiende lo que leemos en el real Profeta: «Acordóse para siempre de su pacto y testamento y de su palabra prometida para mil generaciones, esto es, para todas. Y le echó, dice, en el abismo, es a saber, lanzó al demonio en el abismo. Por el abismo entiende la multitud innumerable de los impíos, cuyos corazones están con mucha profundidad sumergidos en la malicia contra la Iglesia de Dios. Y con este entredicho y clausura se le prohíbe al demonio y se le veda el engañar y seducir a aquellas gentes que, perteneciendo a Cristo, engañaba o poseía o antes, porque a éstas escogió Dios y el determinó «mucho antes de crear el mundo sacarlas de la potestad de las tinieblas y transferirlas al reino de su amado Hijo, como lo dice el Apóstol, ¿Y qué cristiano hay que ignorar que el demonio no deja de engañar al presente a las gentes llevándola, consigo la las penas eternas, pero no a las que están predestinadas para la vida eterna? No debe movernos que muchas veces el demonio engaña también a los que, estando ya regenerados en Cristo, caminan por las sendas de Dios, «porque conoce y sabe el Señor los que son suyos».* (**La Ciudad de Dios VII, 5,6**) Al dar a entender, que durante el tiempo del triunfo de la iglesia, el Diablo iba a estar abismado, con el tiempo dio origen a la idea de que el diablo está en el llamado infierno, donde también van las almas de los impíos. De hecho por ese tiempo la influencia gnóstica-maniquea de Agustín, le hizo introducir de forma abierta la idea de un infierno de fuego pues dice: *Es mi opinión que la naturaleza del infierno-fuego y la ubicación del infierno no son conocidos por ningún hombre a no ser que el Espíritu Santo lo revele en forma especial* (**La ciudad de Dios XX, 16**). Y continúa Agustín con su interpretación o explicación sobre la situación del Diablo: *Y de éstos a ninguno engaña de modo que caiga en la eterna condenación. Porque a éstos los conoce el Señor, como Dios, a quien nada se le esconde ni oculta, aun de lo futuro; y no como el hombre, que ve al hombre de presente (si es que ve a aquel cuyo corazón no ve); pero lo que haya de ser después, ni aun de sí mismo lo sabe. Está atado y*

preso el demonio y encerrado en el abismo para que no engañe a las gentes, de quienes como de sus miembros consta el cuerpo de la Iglesia, a las cuales tenía engañadas antes que hubiese Iglesia, porque no dijo para que no engañe a alguno, sino para que no engañe ya a las gentes, en las cuales, sin duda, quiso entender la Iglesia, hasta que finalicen los mil años, esto es, lo que queda del día sexto, el cual consta de mil años, o todos los años que en adelante ha de tener este siglo. (La Ciudad de Dios VII, 7,8)

Independientemente de la profunda e interesante filosofía cristianizada de Agustín, lo más importante de su contribución al cristianismo nicénico, fue poner las bases para un cambio en lo que tenía que ver con las creencias milenaristas y apocalípticas defendidas hasta ese momento, aunque no fuera el único, pues ya Eusebio de Cesarea, había mostrado sus reticencias hacia un Reino milenario literal, de allí sus ataques a montanistas y novacianos, firmes defensores de dicha esperanza. No obstante, nunca habían sido atacadas, ni consideradas heréticas, las creencias y la espera de un milenio, aunque se iba diluyendo poco a poco el arraigo de dicha enseñanza sobre todo durante el siglo IV, y sobre todo cuando el cristianismo se había convertido en la religión oficial y por lo tanto las persecuciones y sufrimientos que tanto les hacía esperar un milenio de paz bajo el gobierno teocrático de Cristo, ya no era tan necesitado ni esperado con ansiedad. Es más, algunos, entre ellos Agustín, llegaron a pensar que este triunfo de la iglesia sobre el paganismo, significaba el inicio de la era milenaria que esperaban, como ya lo había dado a entender el propio Eusebio décadas atrás, cuando en su Discurso de las Tricenales, o celebración del treinta aniversario del gobierno de Constantino, haciendo apología del poder imperial llegó a decir lindezas como estas: *Nuestro emperador es como el sol radiante.Investido de la imagen de la monarquía celestial, levanta su vista hacia lo alto y gobierna regulando los asuntos del mundo según la idea de un arquetipo, entregándose a imitar la soberanía del Soberano celeste. Al rey único sobre la tierra corresponde el Dios único, el rey único en el cielo, el único Nomos y logos regio. (Trakontaeterikos, III, 6)*

Poco le faltó a Eusebio para identificar al emperador romano con el rey esperado del Apocalipsis. Algo similar sucedió con Osio de Córdoba y otros prominentes obispos o pensadores cristianos de la época, esto mostraba la euforia que el cristianismo triunfante disfrutaba en aquel tiempo, por ello muchos albergaban la creencia del advenimiento del milenio en esa era en la que entraban. Era en cierto modo lógico para los nicénicos triunfantes al final de siglo, pensar que estaban entrando en el periodo de gloria y dominio de la iglesia y por ello Agustín albergara al principio esa idea, interpretando el milenio del Apocalipsis de forma simbólica, quizás confiados en la posible fusión de poder entre la iglesia y el imperio. Pero las nuevas circunstancias, por el deterioro del poder de Roma, asediada en todas sus fronteras y sobre todo por el empuje godo del norte, hacían presagiar negras perspectivas. La invasión de Roma por parte de Alarico, aparte de desalentar a los nicénicos sobre su posición o la posición de Roma sobre el mundo, unido a las acusaciones de los paganos acusando al cristianismo de ser el culpable de la caída de Roma en desgracia, les hizo desanimarse y las enseñanzas del de Hipona, fueron lo que necesitaban para reinterpretar su situación y entender que Roma no era la ciudad eterna, sino la propia Iglesia. Además de esto Agustín fue uno de los defensores de la llamada "*teología de la gracia Divina*", por la que los cristianos son salvos por la gracia de Dios, no por sus méritos o logros. Llega a dar a entender que Dios imparte esta gracia a los cristianos una vez que aceptan el bautismo y esto les hace tener asegurada la salvación, pues no solo perdona pecados cometidos, sino por esta gracia evita que el cristiano los cometa. De esta idea provino la famosa ideología protestante de una vez salvos, siempre salvos. Aunque Agustín matizaba que era necesario el papel auxiliador de lo que él llamó la ciudad de Dios, la iglesia a la que tenían que acercarse todos los que buscaban salvación.

Agustín, también siguiendo la idea ya plantada por Orígenes, y defendida por Jerónimo y Ambrosio, sobre la corrupción de las relaciones sexuales, abogó por la abstinencia. En realidad la idea

surgió al pensar que la naturaleza humana al ser tan corrupta, convierte algunos placeres, como el buen comer, (gula), el uso del sexo, (lujuria), en pecado. Por ello, era necesario reducir al mínimo o evitar si se podía, todo lo relacionado con esas naturales sensaciones, y abogó por la vida ascética y monacal. No se pudo establecer una prohibición del matrimonio a los obispos y diáconos, pero eran esas las intenciones de Agustín. Si logró que se estableciera el celibato en las comunidades de monjes que empezaban a fundarse en muchos lugares de África y Asia menor. En su contra tenía a Joviniano, quien siendo un monje célibe, fue al principio firme defensor de la santidad por medio del ascetismo alimenticio y sexual que Agustín predicaba, pero al leer las escrituras, descubrió que en la Biblia, lejos de prohibirse se animaba a su práctica, dentro por supuesto de un ámbito. Es posible que Joviniano leyera la carta de Pablo a los Corintios donde se dice: *El marido pague a la mujer la debida benevolencia; y asimismo la mujer al marido. La mujer no tiene potestad de su propio cuerpo, sino el marido; e igualmente tampoco el marido tiene potestad de su propio cuerpo, sino la mujer. No os defraudéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos en ayuno y oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiene Satanás a causa de vuestra incontinencia, (1 Corintios 7:3-5).* Posiblemente le haya chocado que el mismo apóstol denunciara proféticamente a los que predicaran lo contrario a la naturaleza con la que Dios hizo al hombre y la mujer, precisamente lo que ahora estos querían imponer. Así leyó en las escrituras lo siguiente: *Pero el Espíritu dice manifiestamente, que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus de error y a doctrinas de demonios; que con hipocresía hablarán mentira, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse y mandarán apartarse los hombres de las viandas que Dios creó para que, con acción de gracias, participasen de ellas los fieles que han conocido la verdad (1 Timoteo 4:1-3.)* De esa manera, Joviniano puso al descubierto el error en el que estaba cayendo Agustín, por ello defendió el matrimonio y la no prohibición del sexo dentro de este,

como el deleitarse con los alimentos que Dios ofrecía a los fieles. Esto provocó la reacción de Agustín quien utilizando toda su influencia y el apoyo que tenía por parte del Obispo de Roma, puesto que en ese tiempo ostentaba Siricio, un hombre ávido de imponer decretos, como si de un emperador se tratase. Gracias al apoyo de este obispo romano, se acusó a Joviniano de pelagianismo, para ese tiempo, era como afirmar que era un libertario y fue expulsado como hereje. Alrededor del año 395 Siricio utilizó la expresión, “por nuestra autoridad, decretamos” que todo clérigo, dentro de la jurisdicción romana debía permanecer célibe, mientras sirva en la Iglesia. Sin embargo, el celibato continuó siendo un tema a debate en la iglesia nicénica, hasta el año 1123, cuando el concilio de Letrán impuso esa regulación a todas las iglesias católicas.

Así, podemos afirmar que las enseñanzas de Agustín de Hipona marcan un antes y un después, son un punto de inflexión, que separarían a las diferentes tendencias cristianas de la más grande la nicénica. También estas enseñanzas heredadas de su paso por el maniqueísmo, darían paso poco a poco a la idea de que la iglesia católica es universal, y el único camino a la salvación era el cielo. Aunque por supuesto a lo largo del tiempo de nuevo surgieron personajes que cuestionaron estas doctrinas, pero jamás hubo marcha atrás, a partir de entonces Agustín se convirtió en el referente y sus escritos llegaron a tener tanto o más peso que las escrituras. Ejemplo claro lo tenemos al ver lo que ocurriera con el Apocalipsis, que se fue ocultando y reutilizando sus símbolos para otros usos muy distintos para los que originalmente se habían escrito y solo en determinadas épocas y momentos se reabrían sus páginas para darle la interpretación profética que originalmente tuvo.

Pelagio, predicador del libre albedrío

En plena crisis doctrinal de la iglesia nicénica y coincidiendo con el periodo dorado de la iglesia arriana, veía la luz en uno de los extremos del imperio, en Britania, un pensador cristiano que llegó a ser un gran idealista y erudito de los textos sagrados. Alguien que sin embargo pasó de ser considerado un bien reputado erudito o como dijo Agustín, un santo varón, a ser tratado pocas décadas después como un despreciado hereje, tanto por la iglesia nicénica, como por la arriana. Hombre proveniente de una notable familia y buenos estudios, hablaba griego y latín con fluidez, además de haber estudiado teología. En el año 400 viajó a Roma y allí dio a conocer sus tesis sobre la teología de la Gracia divina a la que culpaba de la situación relajada de la comunidad cristiana. Bajo su opinión quienes por pensar que por el sacrificio de Cristo ya toda alma se salvaba sin más esfuerzo personal que reconocer dicho sacrificio, estaban en serio peligro espiritual.

Alguno de su escritos fueron *De fidi Trinitatis libri III*, escrito del que pese a no encontrarse ningún resto, en su día al parecer era utilizado o recomendado como libro iniciático para los que querían acercarse al cristianismo o los jóvenes estudiantes de teología. También escribió *Eclogarum ex divinis Scripturis liber unus*, una colección de citas bíblicas por temas, lo más parecido a una guía de textos. A principios del siglo V, poco antes del ataque a Roma por parte de Alarico en el 410, escribió otro tratado, esta vez introduciendo ya indicios de sus ideas sobre la salvación. Así está su *Commentarii in epistolas S. Pauli*, del que se extrae sobre todo su doctrina sobre la salvación individual alcanzada por méritos y no solo por gracia, y que se estuvo usando en Irlanda, como texto de estudio hasta muy entrado el siglo VI.

La doctrina de la redención de Cristo, según la entendió Pelagio, estaba limitada al efecto de su enseñanza en el individuo

que se acerca a su palabra y al ejemplo de Cristo por su vida y muerte, así Jesús fue salvador en el sentido de superar el mal ejemplo y enseñanza de nuestro primer padre Adán y hacer que por medio de esto los que siguieran esta enseñanza y ejemplo alcanzasen la salvación que Adán no tuvo. Alegaba Pelagio: *"Por justificación mediante la sola fe hemos sido indudablemente limpiados de nuestros pecados personales"* de esa manera por medio de la fe individual y personal en su palabra y el seguir su ejemplo se puede adquirir la salvación y la vida eterna. No aceptaba por ello el bautismo de infantes, pues según él, los niños nacidos, no tenían más pecado que el de Adán antes de su caída en desgracia, por lo tanto no necesitaban limpiarse de pecados, salvo los que cometieran después en su vida, además los neonatos no podían, por carecer de voluntad propia, demostrar fe alguna.

En realidad no se puede decir que Pelagio fundara ninguna clase de cristianismo, ni siquiera que pretendiese crear una corriente de pensamiento dentro de este, solamente vino a defender un dogma que no sería aceptado hasta los días de Lutero y la venida del protestantismo. Según algunos expertos, su filosofía consistía en esta idea: *la fuerza moral de la voluntad humana cuando está fortalecida por el ascetismo, es suficiente en sí misma para conseguir el ideal de la virtud. El valor de la redención de Cristo estaba limitado a la formación y al ejemplo que el Salvador puso como contrapeso frente al mal ejemplo de Adán, de manera que la naturaleza mantiene la habilidad de someter al pecado y ganar la vida eterna aun sin la ayuda de la gracia. Por justificación mediante la sola fe hemos sido indudablemente limpiados de nuestros pecados personales pero este perdón no implica una renovación interior de la santificación del alma.* Visto así, parecía que se ponía en duda el papel redentor de Cristo, limitando este a su enseñanza. Pero si profundizamos más, vemos que si habla de la fe en su sacrificio, y de cierta redención y limpieza de pecados, aunque habla de los que se hayan cometido en el tiempo de ignorancia del individuo, que son limpiados por su muerte. A partir de entonces, es la aplicación de la vida y ejemplo de

Cristo, lo que salva al individuo. Por lo que se pide al cristiano que observe un riguroso camino de autodisciplina para alcanzar la salvación. Estaban por otro lado los que opinaban que Cristo muriera para la salvación de la humanidad, y que esta se alcanza solo poniendo fe y que por medio del bautismo, se beneficiaría de una salvación que es una dispensación divina y no un logro humano.

Tras muchas controversias entre los seguidores de Pelagio y los católicos, se dio la razón a estos últimos, y se obligó a Pelagio a retractarse de sus ideas. Así en el Concilio de Cartago, se aceptan las tesis más cercanas a Agustín al determinar lo siguiente: *Quienquiera que dijere que la gracia de Dios, por la que el hombre es justificado por medio de Jesucristo nuestro Señor, vale solo para la remisión de los pecados que ya han sido cometidos, pero no como auxilio, para que no se cometan, sea anatema (Credo Conc.C1)*. En el 416 Pelagio publicó un nuevo trabajo, ahora perdido, "*De libero arbitrio libri IV*" que, en sus formas y expresiones se acerca a la concepción de Agustín sobre la gracia y el bautismo de los infantes, aunque no se aleja del todo de su anterior punto de vista, Pelagio afirma que les debe ser administrado en la misma forma que a los adultos, no para limpiar a los niños del pecado original, sino para asegurar su entrada "en el reino de Dios". Los pequeños no bautizados, afirmaba, podrían ser excluidos del "reino de Dios" después de su muerte, pero no de la "vida eterna", no dejando claro que significaba esto. Hablando de la gracia cristiana, Pelagio no sólo admite la revelación divina, sino que además se refiere a un tipo de gracia interior, algo así como una iluminación de la mente (por medio de los sermones, la lectura de la Biblia, etc.) añadiendo, sin embargo, que esta última no sirve para que sea posible hacer obras que salven, sino sólo para facilitar su realización. Pese al aprecio como persona que Agustín tenía hacia Pelagio, este fue uno de los principales luchadores contra la causa pelagiana. Sobre todo cuando fueron defendidas por un tal Celestio, quien fue un poco más allá el escribir una tesis de sus doctrinas que se resumen así: *Aun si Adán no hubiera pecado, habría muerto. El pecado de Adán lo perjudicó sólo a él, no a la*

humanidad entera. Los niños recién nacidos se encuentran en el mismo estado que Adán antes de la caída. La humanidad entera ni murió a través del pecado o de la muerte de Adán, ni resucitó a través de la resurrección de Cristo. La ley mosaica es tan buena guía para el cielo como el Evangelio. Antes de la venida de Cristo hubo hombres que se mantuvieron sin pecado (Celestio Contra traducem peccati") El mismo emperador de turno, Honorio I, relegado a gobernar desde Ravena, desde la caída en desgracia de Roma, se encargó de que se expulsara de toda Italia a los que simpatizaban con las ideas pelagianas. Sin embargo, Pelagio volvería de nuevo a Roma en años posteriores, lo hizo en el 421 y fue expulsado por el edicto del emperador. Después en el 425 intentó de nuevo una entrevista con el obispo de Roma Celestino I, no logrando su propósito al ser expulsado nuevamente. Se refugió en oriente, más allá de las fronteras del imperio, donde probablemente murió. Después de Pelagio y Celestio, y en esa misma línea de pensamiento, sobresalió Julián de Eclana, quien entre el 419 hasta la muerte de Agustín, se dedicó a contestar a cada uno de los escritos del maestro católico, refutando todos los argumentos agustinianos. Aunque se tuvo que refugiar en Cilicia bajo la protección de Teodoro de Mopsuestia, un elocuente maestro y polemista. Tras el concilio de Cartago, se consideraba anatema y herético a todo el que hablara de tales ideas y muchos obispos, del norte de África fueron exiliados, entre otros, Floro, Oroncio y Fabio; muchos acabaron en la corte del patriarca Nestorio de Constantinopla, quien voluntariamente mantuvo a los fugitivos, aunque eran otros intereses los que lo movieron. Así, pese a esto, durante los siguientes años, hubo un intercambio de refutaciones entre los dos maestros, que dio lugar a una amplia literatura publicada. Por ejemplo, cerca del año 417, Julián publicó una réplica que atacaba el primer libro de la obra de Agustín y llevaba el título de *Libri IV ad Turbantium*. Poco después, en 421, Agustín refutó esta obra de Julián con su réplica: *Contra Iulianum libri VI (P. L., XLIV, 640 sqq.)*. Posteriormente hubo varias circulares pelagianas, escritas por Julián, en las que de alguna manera acusaba de maniqueísmo a Agustín y a todo aquel

que atacara el pelagianismo. Agustín respondió a estas acusaciones en una obra dedicada a Bonifacio I: *Contra duas epistolas Pelagianorum libri IV* (P. L., XLIV, 549 sqq.).

Estando en Cilicia, Julián empleó su tiempo libre para elaborar una extensa obra: *Libri VIII ad Florum*, que fue enteramente dedicada a refutar el segundo libro *De nuptiis et concupiscentia* de Agustín. Esa obra fue redactada poco después del 421, aunque no llegó a ser conocida por Agustín hasta el 427. La última réplica, que cita la argumentación de Julián sentencia por sentencia, refutándolas una a una, fue desarrollada sólo hasta el sexto libro, de aquí que se la denomine en la literatura patrística como *Opus imperfectum contra Iulianum*. Incluso en una de las últimas obras de Agustín, *De haeresibus*, escrita en el 430, hace referencia aún de las ideas pelagianas, o como algunos afirman, semipelagianas, pues al parecer, en los últimos años el mismo Julián, suavizó su ideología, para acercarse de nuevo a la Iglesia.

Julián de Eclana, murió entre el año 445, sin que fuera aceptado con todos sus privilegios en la Iglesia y aunque su influencia y la de Pelagio siguió durante algunos años, se fue diluyendo con el tiempo.

Siglo VI: Inicio del juego político de la cristiandad

El siglo V, concluyó con la caída definitiva del imperio romano de occidente, acaecido, tras una larga agonía, el año 476, cuando Odoacro, general de los hérulos, una banda de bárbaros mercenarios, destituye al que se considera último emperador romano, Rómulo Augústulo. A esta caída sobrevivió la parte oriental que con el tiempo se llegó a conocer como imperio Bizantino. La historia de los movimientos cristianos alternativos a partir del colapso de Roma se vuelve turbia, llena de vacíos y ocultación de datos, motivados por el aplastante poder de la iglesia nicénica, que pretende tomar las riendas del desaparecido imperio romano, pero de una manera pseudo-teocrática y menos política. La Iglesia al abolir

algunas cosas que hicieron grande al imperio y que sirvieron para el progreso cultural romano, dejó al mundo occidental en unas cuantas décadas, sumido en un atraso abismal y provocando en parte, el resultado de la conocida como edad del oscurantismo, por el escaso progreso en el que se vio sumida la sociedad occidental. A finales del siglo anterior, se llegó a establecer de forma absoluta el predominio del obispado de Roma como líderes de la iglesia, aunque todavía faltarían unos años para darle la consideración de infalibilidad y santidad, incluso el nombre que ahora ostenta tal título. En el año 533, es nombrado obispo de Roma Mercurio, quien se cambia de nombre, para no hacer tropezar por tener el nombre de un dios pagano. Pero eso solo es una apariencia, pues a la vez es nombrado por primera vez, “obispo de los obispos” en este caso por un edicto de Atalarico, rey ostrogodo, en el que se le daba la autoridad al obispo de Roma sobre todos los demás, fue la primera vez que de forma oficial el obispo romano, llega a ser obispo supremo del imperio cristiano. Para el año 590, ostentó esa posición Gregorio, hijo de un anterior obispo romano llamado Félix II, y este quien fuera conocido como Gregorio el Grande, instaurara el famoso "canto gregoriano" de la iglesia. Además se autoproclamó gobernante de Roma, no solo en materia religiosa sino políticamente hablando, intentando confirmar la supremacía de la iglesia romana sobre las demás, otorgada por Atalarico, aunque tal autoridad no era aceptada aún por algunas iglesias orientales, sobre todo bizantinos, quienes eran recelosos de que volvieran a estar bajo el poder de Roma. Por ello esto no se haría de forma práctica y oficial hasta principios del siglo VII, bajo el obispado de Bonifacio III, quien se proclamó obispo universal. Bonifacio III, con argucias políticas logró convencer a Focas, emperador bizantino para que promulgara un decreto contra Ciriaco, obispo de Constantinopla, mediante el cual se ordenaba que "la Sede del obispado de Roma fuese la cabeza de todas las Iglesias", y que el título de "Obispo Universal" pertenecía exclusivamente al Obispo de Roma.

Pero casi al mismo tiempo que suceden estos movimientos y juegos políticos de la iglesia nicénica, aparecen historias de confabulaciones, antipapas, influencias políticas, asesinatos. Como ejemplo de esto tenemos los sucesos acontecidos en el periodo que va desde el 536, hasta el concilio de Constantinopla del 553. En primer lugar tenemos a Agapito, en el año 536 actuando como mediador entre los intereses políticos del rey godo que dominaba Italia, frente al emperador Justiniano de Constantinopla, muere envenenado, en una poco clara relación con la esposa del emperador, Teodora, quien al parecer era eutiquiana de religión y mujer muy embaucadora. Murió envenenado por esta, quizás por no aceptar las propuestas de Teodora de imponer el monofisismo eutiquiano en Roma, (Ver monofisismo y Eutiquianos). Después tenemos a Silverio, quien en el año 537 es obligado por Justiniano a claudicar como jefe de la iglesia romana y fue exiliado en la isla de Ponza, donde también murió asesinado en oscuras circunstancias. Es muy posible que la influencia de Teodora, estuviese detrás. Tanto es así que el siguiente papa Virgilio, después de prometer lealtad a Teodora, asegurando que si era elegido devolvería al eutiquiano Antimo, la sede de Constantinopla y que levantaría la condena a la teoría monofisita pronunciada en el Concilio de Calcedonia. "Casualmente" fue elegido, después de haber comprado la voluntad de los que eligieron, y con la ayuda de la poderosa e influyente emperatriz bizantina. Y efectivamente fue así, Virgilio hizo todo lo posible para que se revocara la condena contra las ideas monofisitas. Pero esto provocó la reacción de todos los obispos occidentales y africanos. La revuelta que consiguió y la oposición de numerosos clérigos, hizo que intentase retractarse. Pero de nuevo, bajo promesas de más poder y a la vez veladas amenazas por parte del emperador Justiniano, aceptó como correctas las enseñanzas del monofisismo y declaró nulas las condenas del concilio de Calcedonia de un siglo atrás. Justiniano agradecido por el detalle, instauró una ley en todo el imperio, la llamada «Pragmática Sanción» con la que se asociaba al papa con el gobierno bizantino en Italia, concediendo poderes judiciales a los obispos, además de

religiosos y civiles. Desde luego, esto hizo que el poder de la iglesia fuera creciendo de manera insultante. El siguiente obispo romano Pelagio, también cedió a la influencia de Justiniano y la anciana pero todavía influyente Teodora, y mantuvo durante ese tiempo las ideas monofisitas como aceptadas.

Así, vemos con estos ejemplos, de qué manera la iglesia nicénica había caído víctima de su acercamiento a la política y al poder. Pero algo parecido había ocurrido con el arrianismo, confabulado con el poder de los reyes godos, quienes lo habían implantado en Hispania. Lejos quedaban los tiempos en los que Tertuliano presumía de la estricta neutralidad en los asuntos políticos, judiciales y militares de los cristianos, solamente alguno de los grupos minoritarios, novacianos, montanistas, y priscilianos, parecían mantener aquella posición de no asociación con el estado. Pero ahora, bajo la autoridad casi absoluta de la iglesia romana, en muchos casos, estos movimientos, se mantuvieron en el anonimato, sus escritos, sus concilios, sus enseñanzas fueron evolucionando, pero en la oscuridad del silencio, ahogados por el inmenso poder de la iglesia que pronto se llamaría católica. Muchos de estos grupos siguieron predicando y tratando de mantener intactos los valores del cristianismo original, no siempre lo consiguieron, pues algunos como los montanistas hubieron de adaptarse a los tiempos cayendo muchos de sus miembros en el desánimo. Para ese tiempo ya habían dejado prácticamente los llamados dones espirituales de los que siempre habían presumido, y en los últimos siglos habían iniciado un acercamiento a un movimiento mayor, los novacianos, a los que también muchos donatistas se unieron.

Iconoclastas e iconólatras: La larga controversia sobre el culto a imágenes

En el origen de la veneración de imágenes o iconos en la iglesia romana, se observa un largo camino, una evolución lenta de varias costumbres relacionadas con la atención especial que se dio antaño a los llamados santos. Los mártires, aquellos que según se creía originalmente tendrían una posición especial junto a Cristo, por haber muerto en persecución. Desde el siglo II, se interpretaron las palabras del Apocalipsis, en la que se afirma que aquellos fieles que morían por la persecución tenían una recompensa especial, como algo literal y era por lo tanto la meta de todo cristiano, morir como mártir. Por ello, surgieron a menudo controversias como las de tiempos de Tertuliano, quien habló contra los que cedían en tiempos de pruebas y que más tarde algunos grupos como los donatistas en el siglo IV, fueron separados por las mismas razones. En aquella época lo contrario de ser mártir, es decir ser traidor, era el pecado más grande. Esa controversia se debía en parte porque el ser llamado mártir o haber sufrido martirio, sea que esto haya llevado a la muerte o no, significaba gloria y una posición especial. Poco a poco, se fueron haciendo listas de estos a los que se llamó primeros mártires, luego santos; ejemplo de esto lo tenemos en las actas de los mártires de Lyon allá por el año 177, en la que se detallan como hazañas los sufrimientos sufridos por los cristianos en esa ciudad. Por otro lado, hubo casos en los que de forma más personal a los martirizados se les procuraba dar un entierro digno o incluso más que eso. Tomemos el caso de Policarpo de Esmirna, de cual martirio se escribió una carta que fue enviada a muchas congregaciones, llamada precisamente "Martirio de Policarpo. En esta obra se trata de dar tal dignidad a la persona de este mártir que se llegan a decir expresiones como estas: *El fuego, formando una especie de bóveda, rodeó por todos lados el cuerpo del mártir como una muralla, y estaba en medio de la llama no como carne que se abrasa, sino como pan que se cuece o como el oro y la plata que se acendra al horno. Percibíamos un perfume tan intenso como si se levantase una nube de incienso o de cualquier otro aroma precioso. (Epístola de Esmirna a Filomelio, Martirio de Policarpo, XV)*. También en otra parte del escrito se afirma que la sangre brotada del cuerpo de

Policarpo apagó el fuego de la hoguera en la que pretendían quemarlo. Se trata de las primeras claras exageraciones sobre martirios que se conocen.

Con el tiempo, se fue esparciendo la idea de que estos mártires recibían privilegios especiales en el cielo. Ya en el siglo III, en algunos lugares aparecen inscripciones en las que se hace mención de estos mártires como mediadores en el cielo entre los vivos y Dios. Hipólito, en su escrito *In Dianelem*, reconoce esta idea, aunque de ninguna manera la relaciona con la veneración u oración directa a estos para actuar de mediadores, sino mas bien Hipólito transmite la idea de que estos actúan como mediadores voluntarios una vez son resucitados en el cielo. En aquellos tiempos todavía era inconcebible la construcción de imágenes o iconos de humanos, ni de los mártires, máxime cuando ellos precisamente morían por no rendir culto o veneración a la imagen del emperador, eso era considerado idolatría.

Tampoco podemos incluir en esta disputa sobre la veneración de imágenes, los dibujos o escenas bíblicas que aparecen en las catacumbas utilizadas como refugio de cristianos del siglo III. Aquellas imágenes dibujadas más bien eran utilizadas en la enseñanza, pues muy a menudo aparecen imágenes de profetas, apóstoles de Cristo, de la madre de Jesús, escenas del nacimiento y otras que representan momentos claves de la vida de Jesús, en algunas ocasiones también se hicieron representaciones simbólicas de Jesús, como la de un pez, pero de ninguna manera con intenciones idolátras, sino mas bien comunicativas. A principios del siglo IV E.C., en Elvira, España, un grupo de obispos, liderado por el famoso Osio de Córdoba, formuló resoluciones importantes contra la veneración de imágenes. En ese famoso Concilio de Elvira en el canon 36 se dispuso de forma clara la prohibición de las imágenes en las iglesias y se impusieron sanciones severas a sus adoradores. Según algunos expertos aquello se trataba de medidas preventivas, para evitar que los cristianos provenientes del

paganismo pudieran verse tentados a recaer en la idolatría, o que fuera piedra de tropiezo para estos, que tras abandonar la idolatría de sus anteriores religiones ahora vieran con malos ojos algunos excesos supersticiosos que se podrían dar. Sobre todo, si no se controlaba el uso de las imágenes, por ello esas prácticas no estaban aprobadas de ninguna manera por la autoridad de la iglesia.

Esto fue así antes del concilio de Nicea y posiblemente antes del edicto de Milán. Por lo tanto hasta ese año, todos los cristianismos, exceptuando algunos grupos gnósticos como los de Básilides, se habían postulado contra la veneración de imágenes, incluidas la de Cristo, María y cualquiera de los apóstoles o mártires de siglos atrás. En realidad, fue a raíz de tener el apoyo imperial con Constantino, primero y luego con sus descendientes, que se pasó de dar distinción especial y a dedicar templos cristianos a algunos de estos santos mártires. Con el tiempo se empezó a erigir monumentos dedicados a estos “santos mártires” para eliminar los de los anteriores dioses paganos. Juan Crisóstomo, en la segunda mitad del siglo IV escribió lo siguiente: *¡Qué espléndida y gozosa se nos ofrece hoy la ciudad! ¡Qué maravilloso este día, sobre todos los del año! No porque el sol derrame sobre la tierra fulgores más brillantes que nunca, sino por el resplandor de los Santos Mártires, que alumbran la ciudad más que el relámpago... Por su causa la tierra se muestra hoy más hermosa que el mismo cielo*". Aquí, Juan hacía referencia a las imágenes o estatuas conmemorativas que iban sustituyendo a las imágenes de dioses romanos, aunque todavía no se les rindiera culto. Pero en algunos lugares se empezó a ir más lejos, al introducir algunas de estas estatuas o monumentos dentro de las iglesias, en algunos casos en imitación a los antiguos templos paganos. Prueba de ello es que para finales del siglo IV, Epifanio de Salamina, quien fuera el principal oponente al origenismo, escribió hacia el año 394 un breve pero tajante documento, en el que califica de idolatría, la edificación de imágenes dentro de los templos cristianos. Criticando también la costumbre oriental de llenar paredes con imágenes pintadas o iconos, indicando que aquello se

estaba empezando a convertir en una costumbre. Ese mismo año dirige una carta al emperador Teodosio I sugiriendo que sean retiradas. En una carta a Juan, obispo de Jerusalén, el mismo Epifanio, relata una experiencia ocurrida en Palestina cuando entró en una iglesia y vio colgadas cortinas con imágenes, el comenta así su reacción : *hallé allí una cortina colgada en las puertas de la citada iglesia, teñida y bordada. Tenía una imagen de Cristo o de uno de los santos; no recuerdo precisamente de quién era la imagen. Viendo esto, y oponiéndome a que la imagen de un hombre fuese colgada en la iglesia de Cristo, contrariamente a la enseñanza de las Escrituras, la desgarré...*" (**Jerónimo, Epist. 51:9**) En esa misma misiva, citada por Jerónimo el autor de la Vulgata, Epifanio aconseja a Juan que exhorte a los responsables para que no se cuelguen cortinados de esa clase en ninguna Iglesia, y continúa así: *"Un hombre de tu rectitud debiera ser cuidadoso en quitar una ocasión de ofensa, indigna por igual de la Iglesia de Cristo como de aquellos cristianos que están confiados a tu cargo."* (**Jerónimo Epist 51:9**) También liderando la oposición a la idolatría, dejó de forma póstuma una carta en el que ordena a sus fieles que nunca coloquen imágenes en las iglesias ni en los cementerios. El propio Eusebio de Cesarea escribió lo siguiente haciendo referencia a la costumbre de introducir imágenes de Cristo en este caso en la ciudad de Paneas : *Y no es extraño que hagan esto aquellos paganos de otro tiempo que recibieron algún beneficio de nuestro Salvador, cuando hemos indagado que se conservaban pintadas en cuadros las imágenes de sus apóstoles Pablo y Pedro, e incluso del mismo Cristo, cosa natural, pues los antiguos tenían por costumbre honrarlos de este modo, sin miramiento, como a salvadores, según el uso pagano vigente entre ellos."* (**Historia Eclesiástica libro 7,18:4**) En el siglo V Agustín de Hipona también escribe de forma un tanto velada, pero lo hace, contra el uso de imágenes en la adoración: *No reúnas contra mí a los profesantes del nombre cristiano, quienes ni conocen ni dan evidencia del poder de su profesión... Sé que hay muchos adoradores de tumbas y de pinturas... Ni es sorprendente que entre tantas multitudes [de*

cristianos] hayas de encontrar algunos por la condenación de cuya vida puedas engañar a los incautos y seducirlos [para sacarlos] de la seguridad católica." (De Moribus, 34:75). Pero la controversia sobre el uso o no de imágenes en las iglesias se mantuvo durante los siguientes siglos, poco a poco en la cristiandad se fue cediendo e implantando la costumbre de poner pintadas o lienzos con imágenes o escenas bíblicas. Sus defensores argüían que se trataba de formas de enseñar, sobre todo porque la población mayoritaria en los siguientes siglos no tenía acceso a la escritura y lectura y por lo tanto se hacía necesario incluir en las iglesias, imágenes o pinturas de escenas que de alguna manera sirvieran para la enseñanza de los incultos.

Así lo defendía en el siglo VI el llamado Gregorio Magno, quien escribió lo siguiente en defensa del uso de imágenes en las iglesias y contra los que luchaban por evitar su uso: *Hemos sabido, hermano, que habiendo observado a algunas personas adorando imágenes, habéis destruido y arrojado esas imágenes de las iglesias. Os alabamos por haberos mostrado celoso ya que nada hecho de manos debe ser adorado, pero somos de la opinión que no debíais haber roto estas imágenes. La razón por la que se usan las representaciones en las iglesias es la de que aquellos que son iletrados puedan leer en las paredes lo que no pueden leer en los libros. Por tanto, hermano, debíais haberlas conservado, prohibiendo al mismo tiempo al pueblo que las adorase." (Epístola 7,2:3).* Claro que de ese inofensivo uso que Gregorio defendía, a la veneración de imágenes había solo un paso, pues poco después otro papa, en este caso uno llamado Constantino allá por el año 715 inicia la costumbre de besar los pies de una estatua de bronce de Pedro sentado con las llaves en una de sus manos. Costumbre que continuó durante siglos, (la susodicha imagen todavía existe, se encuentra en la Basílica de San Pedro en el Vaticano). Así, esa explicación educativa expuesta por Gregorio posiblemente solo podía ser aplicada a la iglesia más occidental y tomada con cautela. En oriente las cosas iban por otro lado, pues poco después sobre

todo en Bizancio, se extendió la costumbre también de dar besos a las imágenes al entrar a las iglesias, hacer reverencias al encontrarse con estas, poner cirios encendidos delante de las imágenes sobre todo si eran de Cristo o de María, y colocar incensarios encendidos ante las estatuas o pinturas. Era lógico por otro lado que surgieran allí esas costumbres, pues para los griegos era común reverenciar a emperadores y autoridades civiles con tales formalismos, algunos concluyendo que las imágenes representan a la máximas autoridades de su religión, ¿Por qué no había de dársele tal reverencia entonces? Por esa razón, la lucha contra esas formas de adoración que rozaban la idolatría, surgió sobre todo en esta parte y no fue entendida en todo el ámbito de la cristiandad. Así surgió el llamado movimiento iconoclasta en oposición al iconólatra.

La palabra "iconoclasta" viene de las palabras griegas *eikon*, que significa "imagen", y *klastes*, que significa "rompedor". Como su nombre lo indica, aquel movimiento contra las imágenes significó la eliminación y destrucción de imágenes. Al principio, el movimiento iconoclasta, surgió en imitación de aquel drástico Epifanio del siglo IV, y fueron muchos los que no solo levantaron la voz contra el auge de la idolatría en Bizancio, sino que iban de iglesia en iglesia destruyendo las imágenes y raspando las pinturas. Poco a poco este movimiento se fue diseminando por toda Europa y en contraposición, surgieron los defensores a ultranza de la utilización de iconos o imágenes, que fueron llamados iconólatras por los opositores. Curiosamente desde Constantinopla fueron los emperadores quienes se erigieron en defensores del movimiento iconoclasta. Se dictaron leyes contra las imágenes para eliminarlas de la adoración. La veneración de imágenes se convirtió en una acalorada cuestión política en la que se mezcló una verdadera guerra teológica y de poder entre emperadores y papas, generales y obispos.

Mientras occidente, con Roma a la cabeza y los sucesivos poderosos obispos-papas, iban en aumento quienes apoyaban o defendían a veces con sigilo, o solapadamente, otras con más

vehemencia, la postura iconólatra. En Bizancio por oposición política con occidente fueron los iconoclastas quienes se vieron apoyados. Este hecho queda demostrado por lo sucedido allá por el año 735, cuando León III, el azote de judíos y montanistas, emitió decretos contra las imágenes imponiendo el llamado Edicto de Constantinopla mientras Gregorio II, movió a las masas contra el decreto, expulsando de las iglesias a los iconoclastas. Después otro Gregorio el III, convocó un sínodo especial en el que se acusó de herejía a los enemigos de las imágenes. En respuesta León III, arrebató a los obispos de la Italia meridional y de Sicilia del control del papa romano, trasladándola a la del obispo o papa de Constantinopla, colocando los cimientos de lo que más adelante fue el cisma de oriente. No quedando la cosa allí, Gregorio III, en desafiante respuesta al emperador bizantino y a los iconoclastas de oriente, ordenó la multiplicación de las imágenes en las iglesias, construyendo también una capilla especial para la veneración de reliquias 'sagradas'." Dando origen así a la aparición de estas reliquias por todas partes, reliquias que fueron utilizadas cual amuletos durante toda la edad media. Se convocó un concilio, en Hiereia, por Constantino V, hijo y sucesor de León III, en el año 754. Allí tras escuchar y discutir los argumentos de los partidarios de las imágenes, se estableció que los únicos símbolos del culto cristiano deberían ser el pan y el vino de la pascua. Los iconólatras fueron excomulgados, y se prohibió el uso de imágenes tanto privado como público. Pero eso parece ser que fue aplicado solo en el ámbito del imperio bizantino, no así en occidente, donde auspiciados por los obispos romanos se continuó con su uso.

Por fin en el año 787 se convocó un concilio, esta vez mayoritariamente apoyado por los iconólatras occidentales, curiosamente de nuevo en Nicea, donde esta vez se discutió largo y tendido sobre el asunto de las imágenes con el fin de poner fin a tan larga controversia. Al igual que sucediera en el 325 con la divinidad de Cristo, no ganó la postura más tradicional o lógica, si nos atenemos a lo que dicen las escrituras sobre esto. El resultado de las

deliberaciones fue contundente y en definitiva, vino a decir lo siguiente: *Entrando, como si dijéramos, por el camino real, siguiendo la enseñanza divinamente inspirada de nuestros Santos Padres, y la tradición de la Iglesia Católica pues reconocemos que ella pertenece al Espíritu Santo, que en ella habita, definimos con toda exactitud y cuidado que de modo semejante a la imagen de la preciosa y vivificante cruz han de exponerse las sagradas y santas imágenes, tanto las pintadas como las de mosaico y de otra materia conveniente, en las santas iglesias de Dios, en los sagrados vasos y ornamentos, en las paredes y cuadros, en las casas y caminos, las de nuestro Señor y Dios y Salvador Jesucristo, de la Inmaculada Señora nuestra la santa Madre de Dios, de los preciosos ángeles y de todos los varones santos y venerables. Porque cuanto con más frecuencia son contemplados por medio de su representación en la imagen, tanto más se mueven los que éstas miran al recuerdo y deseo de los originales y a tributarles el saludo y adoración de honor, no ciertamente la latría verdadera que según nuestra fe sólo conviene a la naturaleza divina; sino que como se hace con la figura de la preciosa y vivificante cruz, con los evangelios y con los demás objetos sagrados de culto, se las honre con la ofrenda de incienso y de luces, como fue piadosa costumbre de los antiguos. "Porque el honor de la imagen, se dirige al original", y el que adora una imagen, adora a la persona en ella representada. (II Concilio de Nicea Def.1)* Así, se aceptan el uso de iconos, aunque indicando que no se rinde adoración a tales imágenes sino a lo que representan, una solución un tanto confusa o poco convincente para los iconoclastas, que al no aceptar tales propuestas o resoluciones, fueron considerados herejes. La prueba que demuestra que ese concilio, como sucediera con el anterior de Nicea, solo vino a dividir aún más y corromper el ya extraviado cristianismo católico, fue que la controversia continuó por varios siglos hasta el IX. En poco tiempo esa declaración de intenciones en la que se decía que las imágenes no eran adoradas sino solo consideradas sagradas como las escrituras, quedó demostrado que eran simplemente buenas palabras, pues ello conllevó a la proliferación de iconos, cruces y reliquias,

ahora de libre circulación y uso, a las que se le fueron rindiendo culto muy superior al que se le daba a la propia Biblia, que en realidad poco a poco se iba convirtiendo en esa gran desconocida.

El emperador bizantino Miguel II alrededor del año 825, en su carta a Luis el Piadoso, describe los excesos de los iconólatras: *«Ellos han sacado la santa cruz de las iglesias y la han reemplazado por imágenes delante de las cuales queman incienso... Cantan salmos delante de estas imágenes, se postran ante ellas, imploran su ayuda. Muchos visten a las imágenes en ropajes de lino y las escogen como padrinos para sus hijos. Otros que se hacen monjes, abandonando la antigua tradición -según la cual el cabello que es cortado es recibido por alguna persona distinguida- lo dejan caer en las manos de alguna imagen. Algunos sacerdotes raspan la pintura de las imágenes, la mezclan con el pan y el vino consagrados y se lo dan a los fieles. Otros ponen el cuerpo del Señor en las manos de imágenes, de donde es tomado por los comulgantes. Aún otros, despreciando las iglesias, celebran el servicio divino en casas privadas, empleando una imagen como altar (Mansi, XIV, 417-422).»*

De esa manera se había convertido la inocente costumbre de recordar a los mártires, o de enseñar por imágenes las escenas bíblicas y sus personajes a casi adorar y venerar de forma directa, dirigiendo oraciones hacia estas, dando pruebas de una clara idolatría, aunque la iglesia sigue sin aceptar esa realidad y continúa insistiendo en que solo es intermediación u honra especial, pero no adoración.